F. VINDEL 1874
LIBRERO
ANTICUARIO
9. Calle del Prado, 9.
MADRID

Llanos y Alcaráz (Adolfo de)
Casa en venta

México, 1877

15

CASA
EN VENTA

SAINETE EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL

DE

ADOLFO LLANOS Y ALCARAZ.

REPRESENTADO

Por primera vez en el Teatro Principal de la ciudad de México,
con grande aplauso
el dia 7 de Diciembre de 1876, en la funcion dada á beneficio
de la Sociedad de Beneficencia Española.

MEXICO

IMPRENTA DE "LA COLONIA ESPAÑOLA," DE A. LLANOS,
Calle de Santa Isabel.

1877.

CASA EN VENTA

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/casaenventesaine3231llan

CASA

EN VENTA

SAINETE EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL

DE

ADOLFO LLANOS Y ALCARAZ.

REPRESENTADO

Por primera vez en el Teatro Principal de la ciudad de México, con grande aplauso el dia 7 de Diciembre de 1876, en la funcion dada á beneficio de la Sociedad de Beneficencia Española.

MEXICO

IMPRENTA DE "LA COLONIA ESPAÑOLA," DE A. LLAN
CALLE DE SANTA ISABEL.

1877

Esta obra es propiedad de su autor y nadie podrá reimprimirla ni representarla sin su consentimiento. Queda hecho el depósito que exije la ley.

PERSONAS.

Doña Fructuosa	Sra. Navarro.
Aurora	Magdalena Padilla.
Macabeo Serafin	D. Enrique Guasp.
Don Perfecto	Sr. Martinez.
Juan	Sr. Toscos.

La accion, en Getafe (España.)—Epoca actual.

Diez minutos ántes de comenzar la representacion, se levantará el telon de boca y aparecerá otro, blanco, con el siguiente letrero:

¡OJO!

CASA EN VENTA.

BUENA Y BARATA.

EN GETAFE.

ES DE CAMPO.
TUVO CORRAL.
NO TIENE CENSOS.
PUEDE TENER HUERTA.

TIENE CUADRA.
EN ELLA INFORMAN.

670085

Todos los tipos, con excepcion del de Aurora, deben aparecer ridículos en sus trajes y maneras.

ACTO UNICO.

Sala modestamente amueblada. Gran librería. Un banco, al lado de la puerta del fondo. Puertas laterales. Ventanas.

ESCENA PRIMERA.

JUAN.

(Aparece Juan acostado sobre el banco, roncando. Despues de alzarse el telon se oyen cuatro fuertes campanadas, propias de una campana de iglesia. Juan se despierta, bosteza y se levanta con calma.—Empieza á amanecer. La luz penetra por las ventanas.)

JUAN. —Me parece que el reloj de la sala ha dado las cuatro. No he oído bien. Como soy un poco sordo.... Un poco nada más. (Bosteza. Pausa). Por fortuna, cuando se tiene un amo de tanto talento como el mio, se puede ser sordo. ¡Y qué ta-

lento! No ha salido de Portugal un portugués ménos *finchado* y más lleno de letra menuda. ¡Todo lo prevee! ¡Como que sabe de donde vienen todas las cosas! (Saca un papel y se acerca á una ventana). Voy á repasar el apunte: me ha puesto en un papel, muy bien puestas, todas las palabras que debo contestar á los que vengan á ver la casa. [Lee para sí.] No falta nada: está tan bien como el anuncio. ¡Qué anuncio tan chiquito y tan claro y tan completo! [Saca un periódico y lee]: "¡Ojo! "Casa en venta. Buena y barata. En Ge- "tafe. Es de campo. No tiene censos. "Tuvo corral. Puede tener huerta. Tie- "ne cuadra. En ella informan." [Guarda los papeles.] ¿Para qué más? Esto le basta á cualquier comprador para conocer si la casa le conviene. ¡Qué talento de hombre! Con razon se llama Don Perfecto. (Llaman muy fuerte á la puerta). Con un amo como él se puede ser sordo. Un poquito sordo, como yo. (Siguen golpeando.) Me parece que por ahí anda un raton.... (Se agacha, y se aproxima insensiblemente á la puerta. Siguen los golpes). ¡Calle! Me parece que

llaman. ¿Quién será? Llama muy quedito. (Gritando). ¿Quién?

MACABEO. —[Fuera.] Abra usted.

—¿Don José? No conozco á ningun Don José, pero voy á abrir.

(Abre, y entra Macabeo, embozado).

ESCENA II.

JUAN. MACABEO.

MACABEO. —Buenos dias, jóven. ¿Es esta la casa que se vende?

JUAN. —Comprendo muy bien. (Aparte). Este vendrá á ver la casa.

(Saca el papel y lo mira. Macabeo, sin quitarse el sombrero, se quita la capa y la deja en una silla).

Tiene un frente muy bonito. [Mirando el papel.] Está muy bien distribuida. Tiene siete piezas, piso bajo, entresuelo y principal. En la azotea tiene una veleta. Está recien blanqueada. Es de cal y canto. Y tan elegante, que parece montada al aire.

MACABEO. —Necesito verla.

JUAN. —La construyeron hace diez años, y no tiene grietas ni cuarteaduras. En el interior tiene muy buenas vistas. Tiene corrientes todas las cañerías.

MACABEO. —Las veremos.

JUAN. —Es muy fresca en el verano. Le entra el aire por todas partes, y por una ventana que tiene á la espalda, se vé el jardin.

MACABEO. —Me parece que este es sordo.

[Gritándole al oido].

¿No hay aquí otra persona con quien entenderse para esto?

JUAN. —¿Don Perfecto? Está durmiendo todavía.

MACABEO. —No importa; necesito....

JUAN. —Ah! Si es usted su amigo, le avisaré.

[Váse].

ESCENA III.

MACABEO.

[Se sienta en un sillon y enciende un puro].

—Me aburro soberanamente. No sé cómo pasar el tiempo. Todo me cansa. [Pausa]. Si encontrase á la muchacha que ví en la Puerta del Sol.... ¡Qué figura! ¡Qué cintura! ¡Qué donosura! ¡Qué criatura!.... Al verla, ¡paff! sentí un escopetazo que me llegó hasta los riñones.... [Levantándose para saludar á Don Perfecto]. Servidor de usted. (Vuelve á sentarse. Don Perfecto salé en bata, tiritando de frio, y seguido de Juan).

ESCENA IV.

MACABEO. DON PERFECTO. JUAN.

PERFECTO. —[Saludando]. Muy señor mio. [Aparte.] ¡Caramba! ¡Qué fresca está la mañana! [Alto]. ¿Podré saber con qué motivo viene usted tan temprano?....

MACABEO. —¿Le parece á usted temprano, cuando ya se han levantado todas las personas decentes?

PERFECTO. —¿Eh?

JUAN. —Este caballero es amigo de usted y dice que viene sobre el anuncio.

MACABEO. —Poco á poco, jóven; yo vengo sobre mis piés, no sobre el anuncio.

PERFECTO. —Usted comprenderá que á estas horas no debieron haber abierto á usted.....

(Juan se acuesta en el banco).

MACABEO. —Cuidado, señor mio; á mí no me abre nadie.

PERFECTO. —Quiero decir, la puerta....

MACABEO. —Pues hágame usted el favor de hablar correctamente.

PERFECTO. —(Ap). Me carga este hombre. (A Macabeo). Si á usted le parece, dejarémos para más tarde....

MACABEO. —No, señor; tengo mucha prisa. Ha de ser ahora.

PERFECTO. —(Ap). Me gusta la franqueza. (Sentándose y dirigiéndose á Macabeo). En fin; ¿podré saber á qué debo el honor?....

MACABEO. —El honor es mio.

PERFECTO. —Gracias; pero....

MACABEO. —Repito á usted que el honor es mio.

PERFECTO. —Pues quédese usted con él. [Ap]. ¿A que me incomodo?

MACABEO. —(Sacando un periódico). ¿Es usted quien ha mandado insertar este anuncio?

PERFECTO. —Servidor de usted.

MACABEO. —Poco á poco: á mí no me sirve usted de nada.

PERFECTO. —[Ap]. ¡Canario! ¡No se puede hablar con este hombre!

MACABEO. —Y dígame usted, jóven.

PERFECTO. —[Ap.] ¿Por qué me llamará jóven?

MACABEO. —Este anuncio ¿es de buena fé?

PERFECTO. —¡Cómo! ¿Acaso soy yo?....

MACABEO. —Me basta su palabra. ¿El nombre de usted?

PERFECTO. —¿Mi nombre? Perfecto Caravaca.

MACABEO. —Muy bien.

PERFECTO. —Y.... ¿la gracia de usted?

MACABEO. —Yo no tengo gracias, caballero; nunca he sido gracioso ni payaso.

PERFECTO. —Quiero decir, cómo se llama usted....

MACABEO. —Yo no me llamo: me llaman.

PERFECTO. —Quiero decir.... su nombre.

MACABEO. —Macabeo Trastienda, para servirme.

PERFECTO. —Muy señor mio.

MACABEO. —Yo no soy señor de nadie. Hable usted con propiedad.

PERFECTO. —[Ap]. ¿A que me enfado?....

MACABEO. Sería mucha honra para mí, tener por criado á una persona como usted....

PERFECTO. —Devuelvo á usted su fina galantería.

MACABEO. —Eso es decir que no quiere usted aceptarla.

PERFECTO. —¿Cómo?

MACABEO. —Lo que se devuelve no se acepta.

PERFECTO. —Permítame usted que le añada.....

MACABEO. —No necesito que me añada usted ninguna cosa: estoy completo.

PERFECTO. —¡Pero hombre! Si usted no me deja extenderme....

MACABEO. —No veo que esté usted encogido.

PERFECTO. —¡Canario! ¡No se puede hablar con usted! (Se levanta).

MACABEO. —¡No me levante usted la voz! [Se levanta].

PERFECTO. —¡No está usted hablando con fieras!

MACABEO. —¡El que habla con fieras es usted!

PERFECTO. [Sentándose]. (Ap). —¿De dónde habrá salido esta alimaña?

MACABEO. —Volviendo al asunto, Sr. D. Imperfecto.....

PERFECTO. —Perfecto, caballero.

MACABEO. —Pues bien, Sr. D. Perfecto, vengo á que me enseñe usted su casa.

PERFECTO. —Usted comprenderá que á estas horas la familia no se ha levantado....

MACABEO. —Pues que se levante.

PERFECTO. —¡Hombre! (Ap). ¿A que me irrito de veras?

MACABEO. —Usted no me conoce, y bueno será que vaya conociéndome.

PERFECTO. —[Ap]. Dios me dé paciencia para sufrir esta calamidad.

MACABEO. —Yo soy un hombre original. Especie de animal raro entre los animales de la raza humana.

PERFECTO. —Gracias, por la parte que me toca.

MACABEO. Soy muy desdichado, porque reuno en mí las grandezas de mi madre y las pequeñeces de mi papá.

PERFECTO. —¿Pero qué me importa?....

MACABEO. —Me importa á mí, y es bastante.

[D. Perfecto hace durante esta escena naturales movimientos de impaciencia].

Considere usted, que mi padre se llamaba Mínimo, era el menor de sus vein-

te hermanos, y nació en el dia más corto del año; comia como un mosquito, bebia como una araña, era miope, pintaba en miniatura, y su plato favorito era la sémola. Y mi mamá se llamaba Máxima, era hija primogénita, nació en el grande Océano, á bordo de un navío de tres puentes, y en año bisiesto; comia como un tigre, bebia como una esponja, y su plato favorito era el elefante.

PERFECTO. [Ap]. ¿Para cuándo son las pulmonías?

MACABEO. —Hecha esta aclaracion, Sr. Cara de vaca....

PERFECTO. —¡Caravaca!

MACABEO. —No se sorprenderá usted de que yo sea un hombre muy grande por una parte, y muy pequeño por otra. Así, soy grande en mis concepciones, y sólo concibo empresas como la desecacion del mar Pacífico, la perforacion del globo terráqueo, ó la petrificacion del firmamento. Pero en mis pasiones soy débil, muy débil, sumamente débil, pequeño, mezquino y deleznable.

PERFECTO. —(Intentando levantarse). Pero á mí que....

MACABEO. —(Haciendo sentar á Perfecto). Ya voy al grano. [En tono picaresco y confidencial]. Hace tres años, me enamoré....

PERFECTO. —(Ap). Buen provecho.

MACABEO. —Como un borrico.

PERFECTO. —Ya se conoce.

MACABEO. —Figúrese usted que mi novia tenia por nombre Consuelo, y vivia en la calle de Quitapesares. Era una muchacha verdaderamente consoladora, y quitaba las penas con mucho talento. ¿Tiene usted fuego?

PERFECTO. No, señor; lo que tengo es sueño y frio.

MACABEO. Pues continuando mi narracion, Sr. D. Imperfecto.... [Enciende el cigarro].

PERFECTO. —Perfecto, caballero.

MACABEO. —Aquella muchacha, á pesar de que era Consuelo, concibió por mí una pasion desconsoladora, corruscante. ¿Usted sabe lo que es corruscante?

PERFECTO. —No, ni me importa.

MACABEO. —¡Hombre! ¿Es posible que no sepa usted lo que es corruscante?

PERFECTO. —(Levantándose). ¡Caballero! ¡Viene usted á picarme en lo más vivo de mi honra! ¡Yo lo sé todo! ¡Yo llevo escritos

99 tomos de un diccionario etimológico universal, y aún no he concluido el prólogo de la obra!

MACABEO. —Muy bien. Ya he dado con el flaco de usted.

PERFECTO. —No, señor; con el fuerte.

MACABEO. —(Dulcemente, haciendo sentar á D. Perfecto). Pues siendo así, ¿cómo no ha de comprender usted los flacos de sus prójimos? ¿Cómo no ha de deplorar el amor corruscante de Consuelo?

PERFECTO. —(Ap). ¡Jesus!

MACABEO. —Continuando la historia. . . .

PERFECTO. —¿Usted ha oido hablar de las plagas de Egipto?

MACABEO. —Sí, señor; y supongo que las habrá usted metido en su diccionario.

PERFECTO. —(Ap). ¡Uff! Esto ya pasa de castaño oscuro.

MACABEO. —Continuando la patética historia, Consuelo, desesperada porque mi amor, débil como pasion, no era tan grande como mis concepciones, concibió, á su vez, la idea de suicidarse.

PERFECTO. —Hizo bien.

MACABEO. —Y la llevó á cabo, arrojándose desde el balcon á la calle.

PERFECTO. —Y se mató.

MACABEO. —No se mató. Vivia en piso bajo.

PERFECTO. —(Ap). Y tú debias vivir en el infierno.

MACABEO. —Entónces yo, para no ser ménos que ella, por decoro, por dignidad, me levanté la tapa de los sesos.

(D. Perfecto le mira asombrado).

Es decir: tuve el propósito de levantarme la tapa de cualquier cosa, pero mi criado habia cargado la pistola con sellos de franqueo.

PERFECTO. —(Procurando fingir calma). ¿Quiere usted hacerme el favor de acabar de una vez?

MACABEO. —Aunque sea de dos veces, yo acabaré; no tenga usted cuidado. Aquel lance convirtió mi cabeza en una pajarera, y desde entónces vago por el mundo, triste, displicente, melancólico.... sólo un rayo luminoso ha venido á alumbrar la noche de mi existencia.... una jóven que ví en la Puerta del Sol.... Pero esto no es para contado. Volviendo al asunto....

PERFECTO. —¿Todavía?

MACABEO. —Para distraer mi melancolía leo periódicos, sobre todo los de noticias, que parecen impresas con extracto de adormideras. Y leyendo uno, ví este anuncio.

PERFECTO. —(Ap). ¡Gracias á Dios!

MACABEO. —Ahora bien: ¿es de usted la casa?

PERFECTO. —Sí, señor.

MACABEO. —¿La vende usted con buena voluntad?

PERFECTO. —Sí, señor.

MACABEO. —¿Tiene ratones?

PERFECTO. —Sí, señor; digo, no, señor.

MACABEO. —¿Cuánto pide usted por ella?

PERFECTO. —Ocho mil duros.

MACABEO. —Es muy barata.

PERFECTO. —(Gozoso). ¿Le parece á usted barata?

MACABEO. —Sí, señor; pero como yo no tengo intencion de comprar ninguna casa, no necesito la de usted.

PERFECTO. —(Levantándose exasperado). ¡Caballero! ¡Y para esto ha venido usted á despertarme al amanecer, en un dia de invierno, haciéndome abandonar el lecho en donde reposaba de las vigilias de la sabiduría! ¡Esto es infame! ¡Inicuo! ¡Espantoso!.... [Pasea aceleradamente]. ¡Juan!

¡Juan! ¡Llama al sereno, al alcalde, á la guardia civil!

JUAN. —(Levantándose). Sí, señor; por la ventana de la espalda se ve el jardin.

MACABEO. —[Levantándose tranquilamente y tomando su capa]. No se acalore usted, porque los acaloramientos son perniciosos en esta época. Yo necesitaba distraerme un rato, y he aprovechado la ocasion que me ofrecia el anuncio. Me parece usted un buen sugeto, y otro dia volveré más despacio. Sr. Cara de vaca, estoy á su disposicion.

PERFECTO. —¡Caravaca, señor mio!

MACABEO. —Vuelva usted á acostarse, porque está fria la mañana. Adios, amigo mio. Adios, muchacho. [Vase].

JUAN. —Vaya usted con Dios. Aquí tiene usted su casa.

PERFECTO. —¡Calla, imbécil! ¡No disparates!

JUAN. —¿El chocolate? Voy al momento. [Vase].

PERFECTO. —(Dejándose caer en un sillon). ¡Buff! Esto es horrible.

ESCENA V.

DON PERFECTO. DOÑA FRUCTUOSA.

FRUCTUOSA.—Buenos dias, pimpollo mio.

PERFECTO. —Pimpolla mia, ya no pueden ser buenos: me han dado la mañana.

FRUCTUOSA.—¿Quién?

PERFECTO. —Un señor Maca.... beo, que ha venido á despertarme para referirme una historia que no me importa y una novela que no me importa y muchas cosas que no me importan, y en cambio me ha dicho que lo que me importa á mí, que es la venta de la casa, no le importa á él. Estos bichos no se hallan clasificados en la historia natural.

FRUCTUOSA.—¿Y por qué no le has echado á la calle?

PERFECTO. —Eso debiera haber hecho, pero como además de ser hombre, soy sabio, no puedo descender al terreno de las tropelías. Mi vida es demasiado preciosa para exponerla en un combate.

FRUCTUOSA.—Tienes razon: tu vida, pimpollo mio, es la *coluna* de mi felicidad.

PERFECTO. —Y será la gloria de mi patria, si consigo acabar el diccionario.

[Entra Juan con el chocolate, lo deja en la mesa, y sale].

FRUCTUOSA.—¿Quieres desayunarte?

PERFECTO. —Como gustes. [Toma el chocolate].

FRUCTUOSA.—Nunca se me ha *escurrido* preguntarte de dónde viene la palabra chocolate. ¿Quieres decírmelo?

PERFECTO. —Viene del caldeo.

FRUCTUOSA.—¿Del *caldero?*

PERFECTO. —Se compone de *chocus* y de *latus*, lo cual equivale á chocar la lata: esto es: chocolate se deriva del choque de las latas en que se le dá forma. O lo que es lo mismo: *chocus latus, per orbem meam.*

FRUCTUOSA.—Esa cita ¿es griega?

PERFECTO. —No; es latina.

FRUCTUOSA.—(Aparte.) ¡Qué talento! [Pausa.] Hablando de otra cosa, *premíteme* que llame tu atencion hácia el casamiento de nuestra hija.

PERFECTO. —Ya sabes que no puedo ocuparme de esas cosas....

FRUCTUOSA.—Pero mi deber....

PERFECTO. —Bueno. Habla.

FRUCTUOSA.—Ya está todo arreglado. Tenemos un novio excelente, que vendrá hoy, porque ayer le llamé, y viene recomendado por el profesor de matemáticas sublimes que enseñó á nuestra hija las cuentas de sumar. Mira la carta que me ha escrito el profesor: [Saca un papel y lee]:

"Sra. Dª Fructuosa Calamocano de "Caravaca.

"Muy señora mia: el dador es uno de "mis discípulos más aventajados y no "tiene inconveniente en dividir su exis- "tencia con la hija de usted, para mul- "tiplicar las existencias incógnitas que "se agitan en el problema de lo por- "venir.

"Reste usted los deseos de Serafin, "de la suma de sus esperanzas, y halla- "rá usted el producto que desea su afec- "tísimo amigo

"*Primo Monomio.*"

PERFECTO. —¿Y quién es Serafin?

FRUCTUOSA.—El que va á casarse con Aurora.

PERFECTO. —¿Y Aurora le quiere?

FRUCTUOSA.—No le conoce todavía.

PERFECTO. —¿Y él?

FRUCTUOSA.—Tampoco la conoce á ella.

PERFECTO. —¿Y sin conocerse van á casarse?

FRUCTUOSA.—¿Eso qué importa? ¡Demasiado sabes que los novios, aunque se hayan visto mucho, nunca se conocen sino despues de casados!

PERFECTO. —¿Pero cómo ha podido arreglarse?....

FRUCTUOSA.—Porque yo escribí á varios amigos, y entre ellos al profesor de matemáticas, diciéndole que deseaba un esposo para mi hija.

PERFECTO. —¡Pues vaya un modo de casar, por medio de circulares!

FRUCTUOSA.—Tú estás montado á la antigua. Hoy se hacen las cosas más al natural.

PERFECTO. —Lo que yo no entiendo es por qué tienes prisa de casar á Aurora.

FRUCTUOSA.—Por muchas razones. Tú ya eres anciano, y aunque yo todavía conservo la frescura de la juventud, no quiero (si Dios te llama á su gloria), quedarme sola con una jóven casadera y sin casar. Además, estas jóvenes del dia, no bien

se sueltan á andar, piden marido, y hay que marchar con la época. Además, he leido en un autor, creo que es *Lope de Pega* ó *Mirabeau*, que las mujeres, á los 15 años, están para escojer; á los 20, para tomar lo que les den; á los 25, para arrebatar; y á los 30 para cojer de leva al primer ente masculino que pase por la calle. Yo no quiero que Aurora llegue al arrebato, ni quiero tampoco verla como al gallego. ¿Te cuento lo del gallego?

PERFECTO. —No, no; ya me lo has contado muchas veces.

FRUCTUOSA.—No negarás que en este asunto obro con talento. Algo se me ha de pegar de tí. Y miéntras los hombres, como dice *la Rochefoucauld*, no *abuelan* la costumbre de dejar....

PERFECTO. —Bueno, bueno; ya te he dicho que no entiendo de esas cosas ni puedo ocuparme de ellas.

FRUCTUOSA.—Y á propósito: *¿cuála* es la *entimoliogía* de la palabra hombre?

PERFECTO. —Hombre viene de *homini; homini* de *homus*, y *homus* de *humus;* con lo cual

se indica que el hombre y el humo son la misma cosa: ó lo que es lo mismo: *cosmos epeeisaktos, aisjune tois ejousi.*

FRUCTUOSA.—Esa cita ¿es latina?

PERFECTO. —No; es griega.

FRUCTUOSA.—(Aparte). ¡Qué talento! Es muy agradable tener por esposo á un hombre tan *destruido.*

PERFECTO. —(Levantándose). Con que tú arreglarás ese negocio como quieras. Yo no puedo pensar más que en mi diccionario.... Sólo te encargo que no te fies mucho de los jóvenes, porque, como dice el proverbio, *audaces fortuna juvat.*

FRUCTUOSA.—Y eso ¿qué quiere decir?

PERFECTO. —Que los audaces se comen las uvas.

[Se dirige á su habitacion, y Fructuosa le detiene].

FRUCTUOSA.—Espera: lo único que yo deseo es que convenzas á Aurora de la necesidad de casarse.

PERFECTO. —Pero, pimpollo, ¿cómo he de convencerla, si yo tampoco estoy convencido?

FRUCTUOSA.—Siempre la voz de un padre tiene más *predominio* que la de una mamá. Basta que le digas cuatro cositas de esas que tú sabes.

PERFECTO. —Si te empeñas.....

FRUCTUOSA.—Te lo agradeceré mucho.

PERFECTO. —Pues vaya.

FRUCTUOSA.—Con gravedad, como cuando lees tu prólogo.

[Váse, y Perfecto se abotona la bata y toma un aire severo, calándose el gorro].

ESCENA VI.

DON PERFECTO. AURORA.

[Sale Aurora mirando tímidamente á su papá].

AURORA. —¿Me llama usted, papá?

PERFECTO. —(Mirándola con ceño). Sí, señora: siéntese usted, y escuche.

[Se sienta Aurora, D. Perfecto tose, y toma una actitud imponente].

Vanitas vanitatum et omnia vanitas. Esto dijo el sabio; y aunque otros dijeron que *nihil tan durum at que ferreum quod non amoris igne vincatur*, tambien dijeron otros, que *incomparabile exemplum continentiæ summanque*

pudicitiam. [Pausa]. ¿Me has comprendido?

AURORA. —No, señor.

PERFECTO. —Pues bien; si *laudates enim me flagellant, ¿quid multa? ¿quid ibi? ¿quid ita? ¿quid tum? Quisque sit, quoque sonus interficitur per qua quis pecat, per hœc et punietur.* (Pausa). ¿Me has comprendido?

AURORA. —(Sin alzar la cabeza). No, señor.

PERFECTO. —Por lo tanto, *scutulatum quidum, inquinati vindicabit, exorabilis ventorum est.* [Pausa. Asómase á la puerta y grita]: ¡Fructuosa!

[Sale Fructuosa, la coje Perfecto de la mano y la dice]; Ya está convencida.

(Con ademan arrogante, vase Perfecto).

ESCENA VII.

AURORA. DOÑA FRUCTUOSA.

FRUCTUOSA.—[Ap]. ¡Qué talento! [A Aurora]. Ahora no me dirás que soy yo sola la que quiero casarte.

AURORA. —Peró mamá..... ¡si yo no entiendo lo que mi papá me ha dicho!

FRUCTUOSA.—¡Eso no se dice! Cuando se oye á los sabios es menester darse por entendidos, sopena de pasar por ignorantes.

AURORA. —Pero mamá, si no quiero casarme tan pronto.....

FRUCTUOSA.—No quiero que te suceda lo del gallego.

AURORA. —No me lo cuente usted; ya me lo ha contado muchísimas veces.

FRUCTUOSA.—Parece increible que una niña como tú, que por lo agraciada y simpática es el vivo retrato de su madre, no quiera tener novios.

AURORA. —¡Si he tenido cinco en mes y medio!

FRUCTUOSA.—¡Pero qué novios! Canuto, abogado: una carrera perdida. Cornelio, farmacéutico: otra carrera perdida. Toribio, militar. Sisebuto, sastre. Y Epifanio, escritor público. Todas carreras perdidas. Desengáñate, Aurora: hoy no hay más que tres carreras de porvenir: escribano, sacristan y albeitar.

AURORA. —Y Serafin ¿qué carrera tiene?

FRUCTUOSA.—La de propietario. ¿Te parece poco? Además, es un jóven instruido, que sabe matemáticas y hace quintillas. ¡Y qué quintillas! Aquí tengo las que te dedicó. (Saca un papel).

AURORA. —¡Pero mamá!.....

FRUCTUOSA.—Atiende, atiende. Estas cosas cuanto más se leen más gustan:

Á AURORA.

—

[Lee]. "Tu perfume inmaculado
"Contaminándome está;
"Mira si soy desdichado
"Cuando me tienes contá–
"minado.

"¿Por qué has de ser tan *ingata?*
"¿Por qué mi *ventrura* inquietas?
"Ya que tu amor me maltrata,
"Ten caridad, y no metas
"la pata."

AURORA. —¡Si ya lo sé de memoria!

FRUCTUOSA.—(Guardando el papel). Pues bien. ¿Qué inconveniente tienes para casarte con Serafin?

AURORA. —Pues tengo....

FRUCTUOSA.—¿Que no le conoces? ¿Que no te conoce?

AURORA. —No voy por ahí.

FRUCTUOSA.—Yo le conozco; le he visto rondar la casa, y puedo asegurarte que es muy guapo.

AURORA. —No voy por ahí.

FRUCTUOSA.—En las cartas que me ha escrito dice que es propietario, y que te adora porque su maestro Don Monomio le ha hecho de tí una pintura *protuberante.*

AURORA. —Tampoco voy por ahí.

FRUCTUOSA.—¿Pues por dónde vas?

AURORA. —El apellido de Serafin es tan ridículo....

FRUCTUOSA.—¿Ridículo? Un apellido tan original, tan aristocrático: ¡Onos!

AURORA. —Pero yo he visto en un diccionario que tiene mi papá, que *onos*, en griego, quiere decir asno, y yo no quiero ser la mujer de un asno.

FRUCTUOSA.—Pero como nadie sabe griego....

AURORA. —En cada universidad hay una cátedra de ese idioma.

FRUCTUOSA.—Pues por eso no lo sabe nadie.

AURORA. —Además.... yo tengo un amor oculto.

FRUCTUOSA.—(Alarmada). ¿En dónde?

AURORA. —[Ruborizándose]. Hace tiempo ví en Madrid á un jóven que me miraba mucho.... y desde entónces....

FRUCTUOSA.—¿Pero dónde está ese jóven?

AURORA. —No he vuelto á verle.

FRUCTUOSA.—¿Y vas á estar esperando que se presente, para que al fin te pase lo del gallego?

AURORA. —No me lo cuente usted.

[Llaman á la puerta].

FRUCTUOSA.—Véte. Me parece que debe ser Serafin. No cometas una inprudencia cuando yo te llame.

[Váse Aurora. Fructuosa se mira al espejo, se arregla los bucles, se estira el vestido, y abre. Entra Serafin].

ESCENA VIII.

DOÑA FRUCTUOSA. SERAFIN.

SERAFIN. —(Con encogimiento). A los piés de usted.

FRUCTUOSA.—Supongo que tengo la satisfaccion de hablar con D. Serafin Onos.

SERAFIN. —A mi vez creo que tengo la honra de hablar con Doña Fructuosa Calamocano.

FRUCTUOSA.—De Caravaca, para servir á usted.

SERAFIN. —Mil gracias. No sé si soy indiscreto, pero como usted me escribió diciéndome que viniera hoy, tempranito. . . .

FRUCTUOSA.—Sí, señor. Viene usted á muy buena hora. Tome usted asiento.

SERAFIN. —Mil gracias.

FRUCTUOSA.—Usted primero.

SERAFIN. —De ningun modo.

[Se sienta Fructuosa, y despues Serafin].

FRUCTUOSA.—Comprenderá usted el motivo de mi llamamiento.

SERAFIN. —(Levantándose y volviendo á sentarse. Este juego lo

repite cada vez que da las gracias). Estoy á la disposicion de usted.

FRUCTUOSA.—Los informes de Don Monomio, respecto de usted, son muy lisonjeros.

SERAFIN. —Señora, usted me tritura.

FRUCTUOSA.—Sé que es usted un jóven de talento.

SERAFIN. —Señora, usted me aplasta.

FRUCTUOSA.—Sabe usted matemáticas, y hace muy bonitas quintillas.

SERAFIN. —Señora, usted me tiende en el colchon de las confusiones.

FRUCTUOSA.—(Ap). ¡Qué frases tan escogidas tienen estos matemáticos! [A Serafin]. En vista de tan buenos antecedentes, he pensado que usted podrá hacer dichosa á mi hija, y creo que ha llegado el momento de que tengamos una explicacion *catigoreca*.

SERAFIN. —Así lo creo.

FRUCTUOSA.—¿Ama usted á Aurora con buena intencion?

SERAFIN. —La amo matemáticamente.

FRUCTUOSA.—Esto me tranquiliza. Gracias.

SERAFIN. —No hay de qué.

FRUCTUOSA.—¿Está usted decidido á tomar su blanca mano?

SERAFIN. —Estoy decidido á tomarlo todo.

FRUCTUOSA.—Muy bien. Ahora, si le parece á usted que toquemos la cuestion de.... los intereses....

SERAFIN. —Como usted guste.

FRUCTUOSA.—Me dijo usted en sus cartas, que era propietario.

SERAFIN. —Sí, señora.

FRUCTUOSA.—¿Y qué clase de bienes?

SERAFIN. —De unos tengo más y de otros tengo ménos. Y si me caso con Aurora, aumentará desde luego mi capital.

FRUCTUOSA.—¿Con algun donativo de familia?....

SERAFIN. —Quizá.

FRUCTUOSA.—¿Tiene usted parientes?....

SERAFIN. —Tengo un tio....

FRUCTUOSA.—¿En Indias?

SERAFIN. —No, señora: en Ceuta.

FRUCTUOSA.—(Sorprendida). ¿En el presidio?

SERAFIN. —Sí, señora; tiene allí una contrata.

FRUCTUOSA.—¡Ah! (Ap). Tendrá la contrata del vestuario de los presos.

[A Serafin.]

Pues bien; mi niña, por su parte, es una fábrica de virtudes.

SERAFIN. —[Sonriendo.] Eso no es recomendable.

FRUCTUOSA.—(Sorprendida). ¿Por qué?

SERAFIN. —Porque en casa del herrero suele haber cuchillo de palo.

FRUCTUOSA.—¡Hola! ¿Tambien es usted bromista?

SERAFIN. —Un poquito.

FRUCTUOSA.—Le felicito por su talento.

SERAFIN. —Señora, usted me desmenuza.

FRUCTUOSA.—Mi niña, para quehaceres de su casa, se pinta sola.

SERAFIN. —¡Ah! ¿Se pinta?

FRUCTUOSA.—Y en cuanto al físico, tiene toda la cara de su mamá.

SERAFIN. —[Ap]. Pues me he lucido.

FRUCTUOSA.—Con motivo de este enlace, hemos puesto en venta la casa, á fin de que pueda usted recibir el dote en fincas ó en metálico. ¿Quiere usted que le enumere las fincas?

SERAFIN. —Como usted guste.

FRUCTUOSA.—Pues tiene mi niña, un molino.... de viento, en los Algarbes; otro molino.... de viento, en los Algarbes; y otro molino.... de viento, tambien en los Algarbes; total, tres molinos de viento.

SERAFIN. —Mucho viento es ese; pero no importa. Adelante.

FRUCTUOSA.—Tiene mi niña, un cortijo, en Marchena; otro cortijo, en Lucena; y otro cortijo en Trebujena: total, tres cortijos. De modo que si tienen ustedes tres hijos, para cada hijo hay un cortijo.

SERAFIN. —Sí; y un molino de viento. Adelante.

FRUCTUOSA.—Además, tiene mi niña tres melonares en Panticosa. De modo que, cada hijo, tendrá un cortijo, un molino de viento....

SERAFIN. —Y un melon. Adelante.

FRUCTUOSA.—Ya no podemos ir adelante.

SERAFIN. —¿Por qué?

FRUCTUOSA.—Porque ya no hay más. ¿Le parece á usted poco?

SERAFIN. —No; pero si tenemos cuatro hijos....

FRUCTUOSA.—Para el cuarto, que será el Benjamin, quedan los bienes de usted.

SERAFIN. —Es verdad. No habia caido en ello. (Ap). ¡Pobre Benjamin!

FRUCTUOSA.—Y aun puedo hacer á usted un regalito.

SERAFIN. —¿Cuál?

FRUCTUOSA.—Cuando se muera mi esposo, esa magnífica librería, para que se la meta usted en la cabeza.

SERAFIN. —(Ap). O en el bolsillo. [A Fructuosa.] Muchas gracias.

FRUCTUOSA.—Es una biblioteca muy antigua. ¿Le gustan á usted las antigüedades?

SERAFIN. —¿Cómo no, cuando me gusta usted tanto?

FRUCTUOSA.—¿Tambien sabe usted requebrar? Otro talento que tenia usted oculto.

SERAFIN. —Señora, usted me pulveriza.

FRUCTUOSA.—[Levantándose]. Voy á llamar á mi esposo, para que se conozcan ustedes. (Va á salir, y vuelve). Ah! Se me olvidaba decir á usted que no debe juzgar mal de mi apresuramiento para casar á Aurorita, porque como los tiempos son tan malos y los hombres tan *basilescos*, no quiero que á mi niña le pase lo del gallego.

SERAFIN. —¿Lo del gallego?

FRUCTUOSA.—[Con gozo]. ¿No lo sabe usted?

SERAFIN. —No, señora.

FRUCTUOSA.—Pues voy á contárselo. Es una copla que dice así:

Despues de beber un trago,
un gallego se durmió,

y á poco rato soñó
que le hablaba Santiago.
—"Toma un millon," le decia;
"¿quieres billetes, ó plata?"
Y él dijo:—"Pues que se trata
"de escojer, plata querría."
—"Vuelvo, voy á cambiar,"
repuso el Santo, "hasta luego."
Aquí, despertó el gallego,
y su sueño al recordar,
pegándose de cachetes
gritaba fuera de sí:
—"Señor, qué bárbaro fuí
"en no tomar los billetes!"

Y esto les pasa á todas las niñas que dejan pasar la oportunidad de casarse.

Con permiso de usted., voy á avisar á Perfecto.

ESCENA IX.

SERAFIN.

(Así que se vé solo, cambia el aspecto de su fisonomía, aunque sin dejar el encogimiento.)

—Nadie, al verme tan humilde, se figurará que soy un pillastre. Un pillastre, no porque sea pillo, sino porque me gusta pillar. [Pausa]. Yo creo que, en mi lugar, cualquiera haría otro tanto. Soy un infeliz, tronado hasta la médula de los huesos. Puedo cantar á todas horas aquella coplita popular que dice:

Ni tengo tabaco, ni tengo papel,
Ni tengo dinero, ni quien me lo dé.

En esta situacion, por medio de la criada del profesor de matemáticas Don Primo Monomio, á quien hago el oso (á la criada, no al profesor), intercepto una carta de Doña Fructuosa pidiendo marido (al profesor, no á la criada). Se me

ocurre una idea atrevida (porque la madre de las ideas atrevidas es el hambre), tomo el nombre del profesor y entablo mi correspondencia con Doña Fructuosa, valiéndome de la criada para continuar interceptando las cartas; hasta que, por fin, llega el momento en que soy llamado por Doña Fructuosa, y como esta no me conoce y es tonta de capirote, y como su marido debe ser estupido de solemnidad, poca maña necesito darme para atrapar el dote y la niña. Esto no es ser pillo, sino saber pillar, por cuya razon me parece que digo bien al decir que soy un pillastre.

ESCENA X.

SERAFIN. JUAN.

SERAFIN. —Lo único que me preocupa es si la niña será tan fea como su mamá, porque si es tan fea, mi negocio, á pesar

del dote, es un malísimo negocio. Si pudiera preguntar á álguien....

JUAN. —(Viendo á Serafin). Este señor vendrá á ver la casa. [Saca el papel y lo mira].

SERAFIN. —Este debe ser el criado. [Llamando á Juan]. Oye, muchacho.

JUAN. —[Acercándose]. Servidor de usted.

SERAFIN. —Díme; con franqueza: la señorita Aurora, ¿es guapa?

JUAN. —Tiene un frente muy bonito. (Consultando el papel á cada respuesta).

SERAFIN. —[Ap]. Ménos mal. [A Juan]. ¿Es buena moza?

JUAN. —Está muy bien distribuida.

SERAFIN. —¡Ah picaron! ¿Te parece que está bien distribuida?

JUAN. —Tiene siete piezas, piso bajo, entresuelo y principal.

SERAFIN. —¡Ah tunante! ¿Hablas en lenguaje figurado?

JUAN. —En la azotea tiene una veleta.

SERAFIN. —¿Hola? ¿Quieres decir que es algo coquetuela? No importa.

JUAN. —Está recien blanqueada.

SERAFIN. —(Ap). Por eso me ha dicho su madre que se pinta.

JUAN. —Es de cal y canto.

SERAFIN. —¿Quieres decir que tiene el corazon duro? [Ap]. Yo se lo ablandaré.

JUAN. —Es tan elegante, que parece montada al aire.

SERAFIN. —Así me gustan á mí: delgaditas, vaporosas. ¿Y qué edad tiene?

JUAN. —La construyeron hace diez años.

SERAFIN. —¿Te burlas? ¿Cómo ha de tener diez años? [Ap]. No contará los que mamó ni los que anduvo á gatas.

JUAN. —No tiene grietas ni cuarteaduras.

SERAFIN. —¿Qué?

JUAN. —En el interior tiene muy buenas vistas.

SERAFIN. —¡Ya lo creo!

JUAN. —Y tiene corrientes todas las cañerías.

SERAFIN. —¿Cómo?

JUAN. —Es muy fresca, en el verano.

SERAFIN. —(Picarescamente). ¿Y en el invierno?

JUAN. —Le entra el aire por todas partes.

SERAFIN. —(Alarmado). ¡Pues qué! ¿Está agujereada?

JUAN. —Y por una ventana que tiene á la espalda, se vé el jardin.

SERAFIN. —¿Una ventana en la espalda? ¡Esto sí que es raro!.....

ESCENA XI.

SERAFIN. JUAN. DOÑA FRUCTUOSA. PERFECTO.

FRUCTUOSA.—(A Perfecto). Aquí te presento á nuestro próximo hijo político, D. Serafin Onos.

PERFECTO. —¿Onos? Yo conozco ese apellido.

SERAFIN. —(Viendo entrar á Perfecto. Ap). Yo conozco á este viejo. ¡Perdido soy!

[Va á salir, y da vueltas huyendo de que Perfecto le vea la cara. Fructuosa, solícita, se le acerca y no le deja salir].

FRUCTUOSA.—¿Qué tiene usted? ¿Está usted enfermo?

SERAFIN. —No, no.

FRUCTUOSA.—¿Se siente usted mal?

SERAFIN. —No, no.... Adios, señora. Me ha dado un dolor....

FRUCTUOSA.—¿Un dolor? (Como comprendiendo). ¿Por qué no lo ha dicho usted? [Indicándole una puerta]. Por aquí, á mano derecha, la tercera puerta.

SERAFIN. —No es eso.... gracias.... abur!

(Va á salir, pero le detiene D. Perfecto que, durante la

escena anterior, le ha estado observando con curiosidad).

PERFECTO. —¡Calle! ¡Si conozco mucho á este jóven! ¡Venga usted acá, señorito!

SERAFIN. —[Ap]. Me dividió.

PERFECTO. —[A Fructuosa]. ¿Con que este es el mozo que iba á ser nuestro hijo? ¿Este que no tiene ni donde caerse muerto, y que tiene por único pariente un tio condenado á diez años con grillete en el presidio de Ceuta?

SERAFIN. —[Ap]. Aquí fué Troya.

FRUCTUOSA.—¡Jesus! ¿Qué estás diciendo?

PERFECTO. —La verdad pura.

FRUCTUOSA.—¡A mí me va á dar la pataleta! ¡Que me dá! que me dá! (Se deja caer en una silla).

PERFECTO. —Déjalo para más tarde.

SERAFIN. —[Lanzándose á la puerta]. ¡Vuelvo!

FRUCTUOSA.—(Levantándose de repente y deteniendo á Serafin de la levita]. ¡No, señor! ¡No se irá usted así! ¡Pues no faltaba más! ¡Usted me ha engañado villanamente, usted ha abusado de mi inexperiencia y de mi candor juvenil!

SERAFIN. —Distingamos, señora mia, yo no he engañado á usted.

PERFECTO. —Calma, calma. Vamos por partes.

JUAN. —[Mirando impasible lo que pasa]. (Ap). Creo que este señor ha comprado la casa.

FRUCTUOSA.—Pues sí; vamos por partes. (A Serafin). Usted me ha dicho que es propietario.

SERAFIN. —Y es verdad: soy propietario de mi persona, de mis acciones y de mis quintillas. Ya ve usted si son propiedades.

PERFECTO. —[Ap]. Pues tiene razon.

FRUCTUOSA.—Despues me ha dicho usted que tenia un tio en Ceuta, dueño de una contrata.

SERAFIN. —Y es verdad, porque mi tio está contratado para servir diez años en el presidio.

PERFECTO. —(Ap). Pues tiene razon.

FRUCTUOSA.—Despues, me dijo usted que en cuanto á bienes, de unos tenia más, y de otros ménos.

SERAFIN. —Sí, señora; pero como, matemáticamente hablando, más por ménos dá ménos, resulta que no tengo nadades pues de hecha esa multiplicacion.

PERFECTO. —(Ap. á Fructuosa). Pues me parece que va teniendo razon.

FRUCTUOSA.—Además, me dijo usted que si se casaba con Aurora aumentaría su capital.

SERAFIN. —Sí, señora; porque aunque yo no tengo nada, en el hecho de tener mi esposa, tendría yo, puesto que, matemáticamente hablando, el órden de los factores no altera el producto.

FRUCTUOSA.—¡Todo lo arregla usted con las matemáticas!

SERAFIN. —Señora, con las matemáticas se hace todo.

FRUCTUOSA.—Pues hágase usted una levita, que buena falta le hace.

SERAFIN. —Con este motivo.... estoy á los piés de usted. (A Perfecto). Beso á usted la mano. [Ap]. Aquí no *pegó*. En otra parte *pegará*.

(Váse).

ESCENA XII.

FRUCTUOSA. PERFECTO. JUAN. Despues MACABEO.

[Todos se quedan inmóviles mirando á la puerta por donde salió Serafin.] [Pausa].

JUAN. —Pues creo que no ha comprado la casa.

FRUCTUOSA.—[A Perfecto]. ¿Y qué me dices de esto?

PERFECTO. —¿Y qué me dices tú?

FRUCTUOSA.—Para eso no te preguntaría.

PERFECTO. —Tú eres como Juan Palomo: te lo guisas sola y sola te lo tragas. Yo, ni entro ni salgo.

FRUCTUOSA.—Pero siquiera....

PERFECTO. —Y desde hoy me dedico exclusivamente á mis libros, practicando los consejos del filósofo, cuando decia:

[Paseando].

"Qué descansada vida
"la del que huye el mundanal *rugido*
"y sigue la escondida
"senda, por donde *se han metido*
"los pocos sabios que en el mundo *han vivido*.

FRUCTUOSA.—Y á mí nadie me consuela....

PERFECTO. —Que te consuele tu abuela.

FRUCTUOSA.—Esta es una picardía.

PERFECTO. —Se lo cuentas á tu tia.

FRUCTUOSA.—¿Te burlas? Pues basta ya.

PERFECTO. —Te quejas á tu mamá.

FRUCTUOSA.—¡Perfecto!

PERFECTO. —[Deteniéndose]. ¿Pero no comprendes que tú solita tienes la culpa de lo que te pasa?

FRUCTUOSA.—Pero siquiera consuélame.

PERFECTO.—Ya te dije que no te fiaras de los jóvenes. *Audaces*....

FRUCTUOSA.—Pues este no se ha comido nada. Si buscaba las uvas, están verdes.

PERFECTO. —Ya te he dicho que no entiendo de estas cosas....

MACABEO. —[Entrando por la puerta que dejó abierta Serafín]. Buenos dias.

PERFECTO. —[Dando un salto]. ¿Otra vez aquí?

MACABEO. —Sí, señor; ahora se me ha antojado comprar la casa.

FRUCTUOSA.—Caballero, la casa ya no se vende, porque habiéndose deshecho el matrimonio de mi hija, causa de la venta, ya no hay *nesecidad* de que la venta se *efetúe*.

MACABEO. —Y á mí ¿qué me cuenta usted?

PERFECTO. —[A Fructuosa]. ¿Lo ves? Este es el que vino ántes á darme la mañana.

FRUCTUOSA.—¡Ah! ¿Es este? Pues me alegro mucho de conocerle, porque ya tenia gana de echarle la vista encima.

MACABEO. —[Terciándose la capa.] Y á mí ¿qué?

FRUCTUOSA.—Que cuando se insulta á mi marido, que es un pobre hombre muy sabio, incapaz de meterse con *naide*, se me sube á mí la mosca hasta el moño, y cuando se me sube, no se me baja fácilmente.

MACABEO.—(Con sorna). Pues haga usted el favor de ponerle una escalera á esa mosca, para que se baje con comodidad.

JUAN. —(Ap). Este sí que va á comprar la casa.

FRUCTUOSA.—[Remangándose las mangas.] Le digo á usted.... que soy (Tosiendo). de mi tierra....

MACABEO. —Y yo (Roncando). soy de la mia.

FRUCTUOSA.—Y que tengo dos manos....

[Enseñándolas].

MACABEO. —(Imitándola). Y yo otras dos.

FRUCTUOSA.—Y que si me amosco.

MACABEO. —Ya van dos moscas.

PERFECTO. —[Dando un paso atrás.] Aquí va á pasar algo.

FRUCTUOSA.—¡Y ya me amosqué!

(Se lanza sobre Macabeo, que hurta el cuerpo, se quita la capa y se libra de los golpes toreando á Fructuosa. Esta, derribando las sillas, persigue á Macabeo. Juan se sube sobre una mesa, Perfecto se mete debajo de otra. Esta escena debe ser muy rápida).

MACABEO. —¡Entra, toro!
FRUCTUOSA.—¡Monstruo!
MACABEO. —¡Te dí el quiebro!
FRUCTUOSA.—¡Dromedario!
MACABEO. —¡Toma el cambio!
FRUCTUOSA.—*¡Alifante!*

ESCENA XIII.

DICHOS. AURORA.

AURORA. —¿Pero qué es esto?

(Al ver á Macabeo da un grito y se queda inmóvil).

¡Ah!

MACABEO. —(Dando otro grito y quedándose inmóvil.) ¡Oh!

FRUCTUOSA.
JUAN.
PERFECTO.
} [Sorprendidos].—¿Eh?

AURORA. —¡El de la Puerta del Sol!

MACABEO. —¡La de la Puerta del Sol!

MACABEO. }
AURORA. } —¡Mi único amor! ¡Mi único bien!

[Corren á encontrarse y se abrazan].

¡Ah!

FRUCTUOSA. }
PERFECTO. } —¡Oh!
JUAN. }

AURORA. —(Arrodillándose delante de Fructuosa). ¡Mamá! ¡Su amor, ó la muerte!

MACABEO. —[Arrodillándose delante de Perfecto]. ¡Papá! ¡La muerte, ó su amor!

AURORA. —Este es el hombre que adoro y que me hará feliz.

MACABEO. —Soy veterinario del 6.º regimiento de coraceros, y puedo hacerla dichosa.

FRUCTUOSA.—Si es usted veterinario, doy mi consentimiento.

PERFECTO. —(Echándoles la bendicion). *Ecce homo.*

JUAN. —¿Por fin se vendió la casa?

FRUCTUOSA.—Con este motivo, la casa vuelve á estar en venta.

MACABEO. —(Al público). Ya lo saben ustedes.

(Accionando con los dedos).

Es de campo. No tiene censos. Tuvo

corral. Puede tener huerta. Tiene cuadra. En ella informan.

Y si de la informacion
Resultare que os agrada,
En el precio no hay cuestion:
Sainete, casa y telon
Se dan por una palmada.

LIBRERIA
DE
P. VINDEL
CALLE
DEL PRADO 9
MADRID
LIBROS
AMERICANOS
FILIPINOS
Nº
Pº